

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



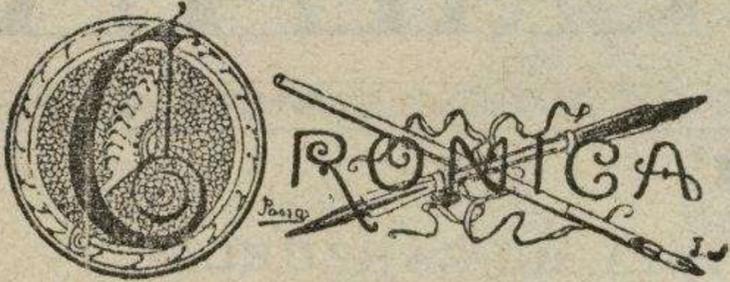
Rosario Vidaurreta

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



¡La crisis financiera!
Es el tema obligado de todas las conversaciones.

Todos los valores están en baja, incluso el valor personal.

La Bolsa tiene días de nervios como mujer delicada, y las catástrofes se suceden á diario.

En el país de los alcoholes de patata, de trapos y de madera vieja, en Berlín, ha habido quiebras monumentales, y como resultado de ellas, suicidios, chifladuras y otros fieros males.

Los hermanos Sommerfeld, banqueros, han liquidado suicidándose.

El hermano mayor era el gomoso de la capital de Alemania; un verdadero figurín. Tenía sastre propio como pudiera tener administrador. El maestro que le vestía no hacía trajes más que para Sommerfeld mayor.

Sus pantalones y levitas eran célebres, y en poniendo él un color de moda en las corbatas ¡boca abajo todo el mundo!

El hermano menor era más práctico. Le daba por comer bien, y tenía uno de los mejores cocineros de Europa. Era epicúreo, y con la servilleta por babero, así se le daba á él del estado de los valores como de tres cuartos de castañas.

Vino la catástrofe y ¡pum! ¡pum! se pegaron dos tiros ambos hermanos. Uno por barba.

Escusamos decir que sus acreedores han adelantado mucho con esta manera de saldar cuentas.

Otro banquero, Eduardo Maas, se constituyó preso él mismo, en vista de que tampoco podía pagar. Item más, se ha vuelto loco.

Loco asimismo se ha vuelto un gran actor alemán á quien estas quiebras han dejado sumido en la miseria.

Ese sistema moderno, *fin de siècle*, de liquidar las cuentas pegándose un tiro ó *diéndose á la locura*, que decía el paleta, no nos parece digno de ser fomentado.

Pero ¡ya se vé! haber gastado y triunfado y luego verse reducidos á la miseria, no es para los espíritus fuertes que ahora se usan.

La neurosis, siempre la neurosis.

Se quiere vivir, pero á condición de que sea rodeados de comodidades, diversiones y lujo.

Nadie quiere tener el valor de comer el pan de la pobreza y la decepción. Quédese eso para los infelices que todavía están sanos de idea y de corazón.

De dos años á esta parte se multiplican los suicidios de los banqueros quebrados.

¿No sería mejor que lo hicieran antes de me-

terse en negocios y llevar la ruina á sinnúmero de familias?

¡Esos cocheros!

No vayan Vds. á creer que voy á hablar de los atropellos que llevan á cabo todos los días con sus vehiculos, ni de la manera delicada que tienen de tratar á sus jamelgos, ni de sus blasfemias y pocos modos; nada de eso.

Ahora se dedican á otra cosa. Por lo menos en Andalucía.

Hallábase días pasados celebrando misa el párroco de Trasierra (Córdoba) cuando la iglesia se vió invadida por cinco cocheros en completo estado de embriaguez.

Para estar más bonitos sin duda se tiznaron las caras.

Entraron en el edificio dando gritos salvajes, profiriendo palabras indecentes y saltando como cabritos mamones.

El cura que decía la misa tuvo que dejar su faena y bajar á poner coto á tamañas demasias, consiguiendo á fuerza de empellones poner en la calle á aquellos cinco cernicalos que salieron gritando ¡Viva el señor Noé!

A todo esto, las mujerucas que estaban en el templo corrian despavoridas, ó se desmayaban, según el temperamento de cada cual.

Hecha la hazaña, volvieron los cocheros á sus coches y desaparecieron del pueblo.

Por lo que se ve, ya no hay para los cocheros respetos humanos ni divinos.

¿Y si los pusiésemos fuera de la ley?

Casi llegaríamos á proponer esta medida sino temiésemos la protesta de la Sociedad protectora de animales y plantas.

Tranquilicémonos.

Todos los periódicos han dado cuenta de un duelo á machetazos verificado en Méjico entre el diestro Hermosilla y el célebre coleador á caballo Ponciano Díaz.

La única dificultad que existió para que el duelo se llevase á cabo, es que Hermosilla se hubiese avistado con Ponciano y estuviese en el pueblo donde éste vivía.

Porque ahora resulta ese duelo un *canard*, y puede ser que Hermosilla y Ponciano no se conozcan ni de vista.

Se está poniendo la prensa de un modo en esto de correr bolas, que nadie sabe ya por donde anda y es difícil distinguir la mentira de la verdad.

Yo ya tengo establecido mi sistema para no equivocarme: De todo lo que me dicen que sucede en América no creo una palabra. De lo que sucede en Europa, creo la mitad de la mitad... y eso no siempre.

Y no me va mal con este sistema.

Y va de toreros.

En Córdoba ha sido bautizado un hijo del espada Guerrita.

Asistieron al bautizo nobles y plebeyos, pobres y ricos, y la iglesia estaba hecha un ascua de oro.

Se arrojaron al pueblo 500 pesetas en plata y 500 en calderilla, lo que dió lugar á una serie de puntapiés y bofetadas que era una *divertición*.

Luego hubo juerguecita y baile, en el que bailaron condes y generales mezclados con ganaderos y mayorales.

Nada iguala tanto á las clases como el roce con los toreros. Ellos tratan á marquesas y chulas, á nobles y á *guripas*, y á todos los miden por el mismo rasero.

La igualdad solo existe ante los émulos de Montes y el Chiclanero, y es una igualdad que embiste. Por eso en todas partes se la da el quiebro.

* * *

Están de moda los judíos.

A ellos se achaca el conflicto financiero porque Europa está pasando.

Los que crucificaron al Justo nada de particular hacen sacrificando á los pecadores.

Solo que esto tiene sus quiebras.

Ya en París han comenzado á predicar contra Rotschild y demás *levitas*.

Y malo es que empiecen.

La verdad es que apena ver á las naciones europeas con todo su poder en manos de media docena de usureros que hacen de ellas lo que quieren.

Y los judíos abarcan demasiado.

Dios haga que no los aprieten.

ELIDAN.

SERENATA

Quando la noche en sombras al mundo deja
Y los ojos que velan duermen en calma
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

Si despierta tus sueños angelicales
El rumor misterioso de tus cristales,
Abre, niña, y no temas á las visiones
Que tu miedo en las sombras triste derrama;
Es el amor que vuela por tus balcones;
Soy yo quien llama.

¡Quién tuviera las alas en que mi trova
Taladrando los muros llega á tu alcoba!
¡Quién el rayo de luna que va á tu lecho,
Y al besarte los ojos te los desvela,
Cuando el pié de tu casa, siempre en acecho,
Soy yo quien vela!

Abre, y perder no temas tus sueños bellos,
Que es el amor que traigo más dulce que ellos;
Y deja que yo olvide la luz odiosa
En tu ardiente pupila, de mi alma dueña;
Que dormido en tu seno, nube de rosa,
Soy yo quien sueña.

Más si húmedos encuentras por la mañana
Los enredados hierros de tu ventana,
No es que en ellos sus perlas posó el rocío:

Es que te acusa el llanto de quien te adora,
Es que al partir sin verte, consuelo mío,
Soy yo quien llora.

Que cuando en sombra al mundo la noche deja
Y los ojos que celan duermen en calma,
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

EUGENIO SELLÉS

EL MÓNSTRUO

I

Los pupilos de doña Ramona comentaban en el comedor las últimas palabras de don Celestino, vejete acicalado y misterioso, que acababa de levantarse de la mesa.

—Este hombre me tiene muy escamado,—decía don Emeterio bajando la voz y atrayendo hacia sí á su compañero de hospedaje.

—¡Sabe Dios qué asuntos traerá entre manos!—añadía Pelaez, estudiante de Derecho.

—Llego á creer que se dedica al timo,—replicaba don Emeterio, solterón, andaluz, tartamudo y oficial de la clase de quintos del ministerio de la Gobernación.

El que así despertaba la curiosidad de los pupilos de doña Ramona, acababa de cerrar la puerta con estrépito para dirigirse á la calle.

Doña Ramona movió la cabeza en señal de desesperación, y dijo con malhumorado acento, dirigiéndose al empleado y al estudiante:

—¿Pero han visto ustedes un hombre más inconsiderado que este don Celestino? No cierra una sola vez la puerta sin que derribe media pared. ¡Que falta de educación tienen algunas personas!

—Debe ser de procedencia humilde,—objetó don Emeterio.—Aquellos piés anchos y juanetudos, no son de persona fina. Hay otro dato para creer que no procede de las altas esferas.

—¿Cuál?—preguntó doña Ramona.

—Come el tocino sin pan y los garbanzos con cuchara... Además, se afeita solo.

—¿A donde irá todas las noches?—dijo el estudiante.

—¡Sábelo Dios!—contestó don Emeterio con acento tenebroso.

Doña Ramona bajó la voz cuanto pudo, para decir con aire de misterio.

—Habrán notado ustedes que á las siete y media en punto sale todas las noches, y si alguna vez se retrasa la comida dice que no puede esperar y se va sin comer. Esto es algo.

—¡Aquí hay gato!—murmuró el oficial de la clase de quintos.

—O gata,—dijo el estudiante.

—Lo que sé es que tiene novia,—agregó la pupilera.—Sobre la mesa de su cuarto encontré noches pasadas una carta de mujer en la que le llamaba «chacho mío» y «cogollo de mi corazón»

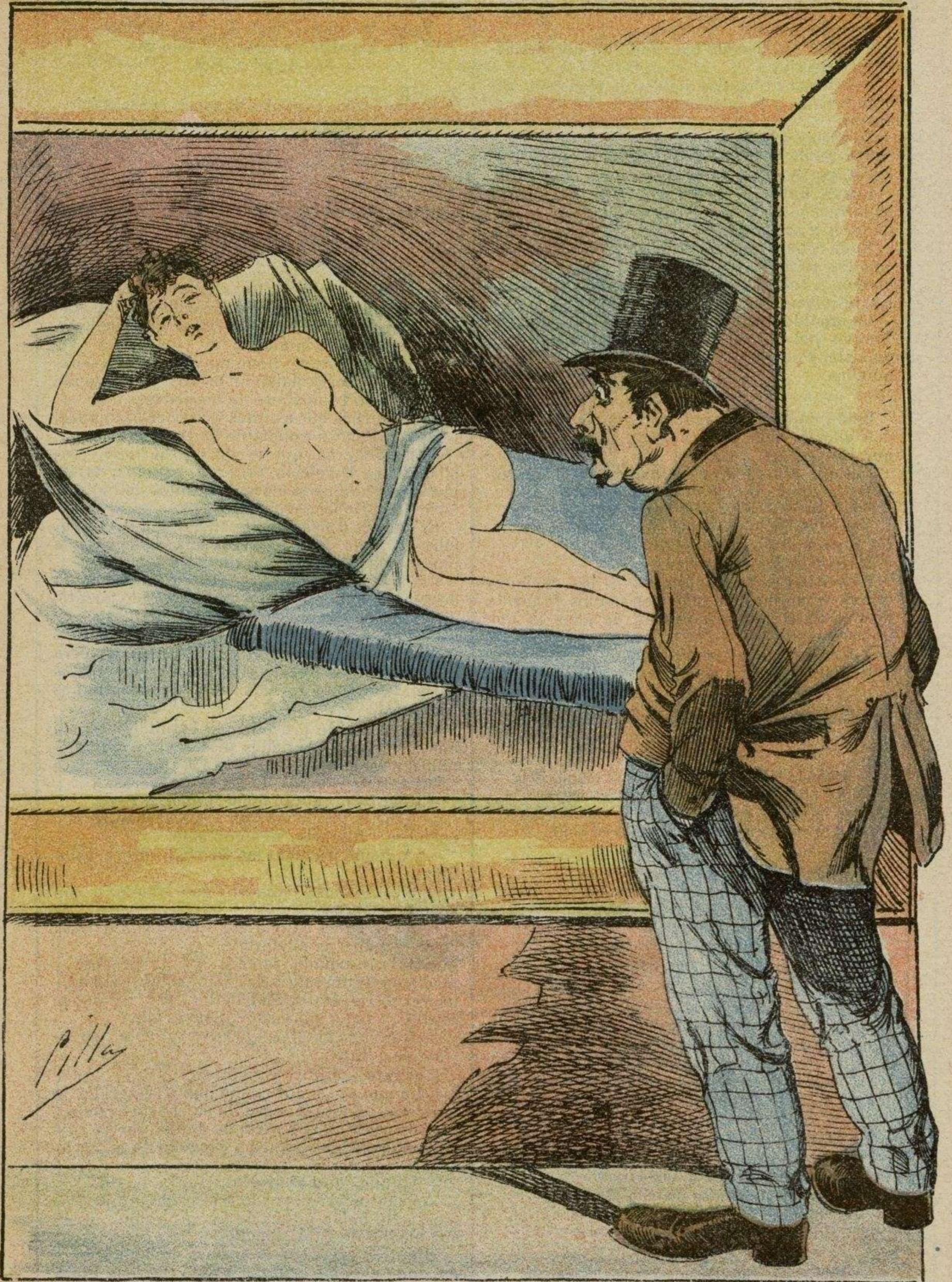
—Alguna cursi aburrida.

—A mi me carga por lo reservado,—dijo Pelaez.—No habla nunca de su profesión, ni de sus medios de subsistencia...

Mientras esto ocurría en casa de doña Ramona, don Celestino cruzaba á paso ligero la Plaza Mayor, para entrar en la calle de Postas.

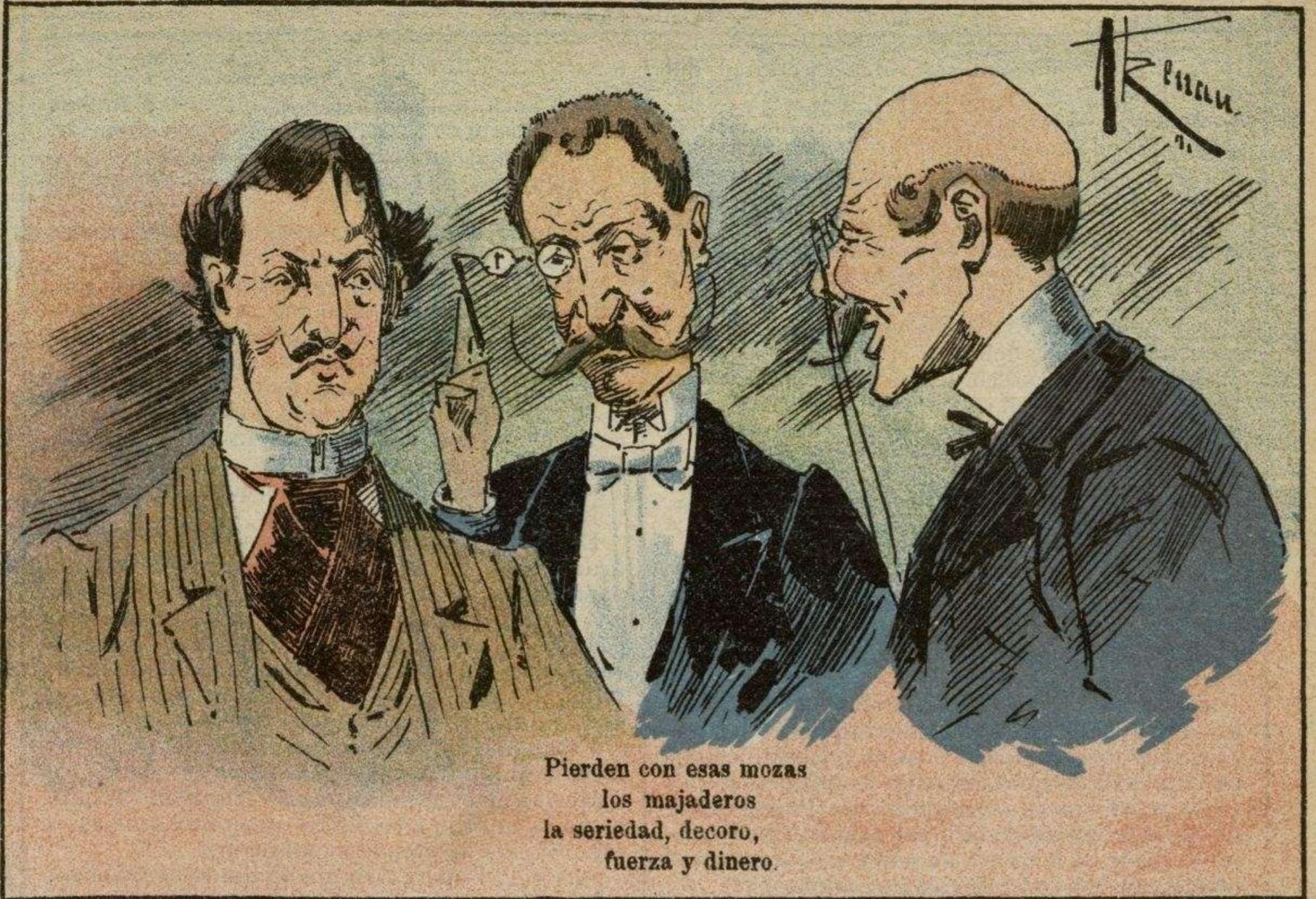
—¡Tres días sin ver á Rufina! ¿Qué dirá de

EN EL MUSEO



—No sé si es el calor de la sala ó lo que sea, pero la verdad es que no siento el menor frío.

LOS PROTECTORES



LAS PROTEGIDAS



mi?... Pero los ensayos me roban la mitad del día... Ella sufre creyéndome infiel, ¡pero yo debo callar!... Me despreciaría si supiera... ¡Dios mío! ¡Cuándo subirán los míos para que me coloquen!... Entretanto necesito ganarme la vida de alguna manera....

Hasta aquí llegaba el monólogo de don Celestino, cuando se detuvo ante una casa de la calle de Alcalá. Un hombre salió á su encuentro y le dijo:

—Vamos, vamos: ande usted más deprisa, que van á dar las ocho.

Don Celestino no contestó, pero el que hubiera fijado la atención en su cara, habría podido ver que estaba encendida como una cereza y que una gota de purísimo llanto surcaba sus mejillas.

Sin detenerse penetró en el portal y desapareció tras una puerta.

II

Rufina con la cabeza apoyada en ambas manos pensaba en don Celestino y en el quitamanchas de la esquina. Este acababa de dirigirle una carta, que decía así:

«Señorita: la veo á usted todas las mañanas al balcón, sacudiendo la alfombra con unos zorros. Algunas tardes sale usted á paseo, acompañada de un vejete ridículo que pisa como los patos y usa bigote de carrabinero. ¡Parece mentira que tenga usted tan mal gusto! Yo soy soltero, desde mi más tierna edad... ¿Quiere usted aceptar mi mano y mi establecimiento?»

Rufina leyó la carta; consultó su corazón, dudó, lanzó un suspiro y cogiendo papel y pluma, escribió lo siguiente:

«Cabayero: el bejete es mi padrino; pero he estoy resuelta á todo. Ablando se entiende la guente.»

El quitamanchas no hizo más que leer la carta y salió á la calle, ébrio de felicidad, para encaminarse al domicilio de Rufina.

—¿Se puede?—Preguntó desde el ventanillo.

—Pase usted, aunque me esté mal el decirlo, —contestó ella.

El quitamanchas se arrojó á los pies de Rufina y le besó las manos.

—¡Soy feliz!—decía extasiándose en la contemplación de la ex-joven.

Habíamos olvidado consignar que Rufina podría tener de veinte á cuarenta y cinco años. El quitamanchas tenía cincuenta, pensando piadosamente.

—¿Conque es decir que me amas?—preguntó éste.

—Sí, á pesar mío—murmuró Rufina.

—¿Quién es este hombre que te acompaña?

—No me lo recuerdes.

—¿Pero le amas?

—No. ¡Antes la muerte!

—Gracias.

Y el quitamanchas besó con entusiasmo el abanico de Rufina.

—La soledad, la escasez y mi natural sensible y delicado, me habían inducido á admitir los obsequios de ese hombre feucho.

—¿Es rico?

—No lo sé. Su vida es un puro misterio.

El quitamanchas quedó pensativo; después exclamó:

—Si es necesario, le ahogaremos en la caldera del tinte.

III

Una hora después, Rufina y el quitamanchas tomaban café con media tostada en el Imperial.

—Pide por esa boca—decía él.

—¿Quieres otra media tostada?

—No.

—¿Quieres un vaso de agua con azucarillo?

—No te metas en gastos.

—Por ti soy capaz de todo. Hasta de la ruina.

La amante pareja salió del café, conversando dulcemente; pero al llegar á la calle de Sevilla, ella detuvo el paso.

—¿Qué es esto?—preguntó al quitamanchas, mostrándole un cartel fijado á la puerta de un cuarto bajo, donde aparecía, pintado al óleo, la figura de un monstruo marino.

—Entremos—dijo el enamorado.

Rufina se dejó conducir.

El animal marino se revolvía dentro de una gran tinaja. El domador, dirigiéndose á los espectadores, decía con marcado acento francés:

—Vean ustedes el gran monstruo marítimo pescado en los mares del Norte. Sabe llamar á sus padres, como si fuese una criatura humana, fuma cigarros, como un hombre, y borda en cañamazo... A ver, Pepito, llama á papá.

El monstruo, dando un resoplido, con voz tremeounda: ¡Papáaaa!

Rufina se estremeció, á la vez que el animal fijaba su mirada terrible en el quitamanchas y sacudía la cola con desesperación,

—A ver, Pepito,—siguió diciendo el francés, —llama á mamá.

Pero el monstruo no contestaba.

De pronto, el acompañante de Rufina, acercándose al borde de la tinaja dijo á su compañera

—Rufinita, ¿verdad que este es un bicho repugnante?

—Sí—contestó ella,—me da mucho miedo... Vámonos, vidita...

Pero no pudo concluir la frase, porque el monstruo, poniéndose de pié y apoyado el cuarto delantero en el borde de la tinaja, gritó con desesperación:

—¡Pérfida!

Aquella voz era la de don Celestino.

Rufina lanzó un grito y cayó desmayada en brazos del quitamanchas, mientras el monstruo se liaba á cachetes con su rival y trataba de morderle en el cogote.

La pareja de orden público puso fin á aquel cuadro de horrores. Al día siguiente, los periódicos publicaban un suelto de sensación, concebido en estos términos:

«Ayer fué conducido á la prevención del Congreso el conocido monstruo que se exhibe todas las noches en un cuarto bajo de la calle de Alcalá, por haber tratado de devorar á dos espectadores, con los que parece tenía ciertos resentimientos. Ya en presencia del inspector, declaró llamarse Celestino Lopez, cesante de contribuciones, y que venía ejerciendo de monstruo para hacer más llevadera su cesantía.»

LUIS TABOADA

ESCRITORES Y ARTISTAS

I.

Yo conozco un mozalvete
que tiene su habitación

en la calle del Carbón
número cuarenta y siete;
que es estúpido hasta allá,
y que se pasa de feo,
y que no falta al paseo
de la calle de Alcalá.

Bueno, pues este muchacho
que es artista de capricho,
y que, como llevo dicho,
me parece un mamarracho,
tiene una afición atroz
á la opereta italiana,
y empezaría mañana
si tuviera buena voz,
pero se gasta un tesoro
de frases grandilocuentes
con las chicas inocentes
que cantan ópera... en coro.

Y como son las coristas
nacionales y extranjeras
muy guapas, muy retrecheras,
y muy *largas*, y muy listas,
lo han conocido quizás,
y graciosas y coquetas
le dejan sin dos pesetas
y en los huesos además.

El se queja, y con razón,
pero ¿qué ha de suceder,
si se empeña en proteger
el arte de otra nación?

Es lo que á mí me decía
una corista de Eslava,
que siempre dice que acaba
de entrar en la compañía:

—¿Cómo diablos quiere usted
que el teatro haga fortuna,
si nadie le dice á una:
—tú quieres cenar, ¿qué?

II.

Conozco un chiquilicuatro,
que ha venido de Baeza,
para meter la cabeza
y los piés en el teatro,
y que trae escrito un drama
titulado los *Barbianes*
en que mueren dos galanes
y se suicida una dama.

El ha sido secretario
del concejo en Malpartida,
y ahora se pasa la vida
metido en el escenario.

El drama de la cuestión,
no le quiso Rafael,
por que no tiene papel
para lucir el pulmón.

Mas como sus ilusiones
consisten en ver si estrena,
pretende darlo á la escena,
de un teatro por secciones.

Desde que aspira á la gloria,
no me suelta ni un momento
contándome el argumento
que ya me sé de memoria:

Ello consiste en un padre
que llama al chico borrico,
porque resulta que el chico
se ha casado con su madre,
y cuando á decirle va
que la quiere por hermosa,
se encuentra con que es su esposa
la mujer de su papá.

Para no susfrir la afrenta

al hallarse frente á frente
se asesinan mutuamente
mientras la dama revienta.

Hay frases conmovedoras
con motivo del incesto...
¡figúrense ustedes esto
en un teatro por horas!

Pues bien, el hombre se queja
y no estraño que se queje,
de que nadie le protege
para que enseñe la oreja.

Tres ó cuatro literatos
lo tienen todo cogido,
y el genio va cohibido
desde Herodes á Pilatos.

Y se va perdiendo el arte,
y la ignorancia se alegra,
¡y en Madrid, sin ropa negra,
no se va á ninguna parte!

SINESIO DELGADO

(Se concluirá)

LOS ALFILERAZOS

Mucho tiempo he estado dudando antes de poner título á este artículo, y en verdad confieso que hubiera dado cualquier cosa por que se pasara sin él.

Pero los artículos necesitan título, como los hombres necesitan nombre, para distinguirse unos de otros, y me he visto obligado á revolver todos los rincones de mi imaginación, para encontrar unas cuantas sílabas que pudieran imprimirse en letras gordas á la cabeza de estas líneas.

¡Los alfilerazos! He aquí un asunto sobre el que las mujeres escriben diariamente en las yemas de los dedos.

Y al decir las mujeres, entiéndase que hablo de las mujeres que cosen, porque para mí las mujeres que no cosen, no son mujeres, son..... otro día diré lo que son, á mi juicio, las mujeres que no cosen.

Pero no es de estos alfilerazos de los que pretendo hablar ahora, que por muy sensibles que sean sobre todo para la que los recibe, no lo son tanto como los de que voy á ocuparme.

Llamo yo alfilerazos á todas esas pequeñas molestias de la vida, que con todo de ser pequeñas han hecho más desgraciados que los grandes pesares, porque si bien éstos ocasionan heridas dolorisimas, como no son frecuentes, son hasta cierto punto poco temibles, al paso que las incomodidades de poca monta suelen ser un tormento que se repite todos los minutos, y en esto precisamente consiste su crueldad.

Es muy grande el dolor que se experimenta con la muerte de un padre, de un hijo, de un hermano, de un amigo querido: no es pequeño el que causa la pérdida de un capital, no tampoco el que sufre un presupuestivo cuando tiene que dimitir su destino *por el mal estado de su salud*, ó cuando, sin necesidad de que lo dimita el ministro le participa en un atento oficio (no quita lo cortés á lo valiente) que Su Magestad se ha dignado dejarle cesante *con el haber que por clasificación le corresponda*.

Pero no todos los días se mueren las personas de nuestro cariño, ni se arruina la gente, ni le dejan á uno cesante, que si estos golpes se repitieran, era cosa de morirse por no sufrirlos. Por otra parte, hay algunos que no tienen parientes, y es seguro que no corren el riesgo de quedarse huérfanos, ni de perder hermanos, ni hijos, ni cosa que lo valga; son muchos los que jamás han podido reunir cinco duros, y á

estos le tiene sin cuidado que la Bolsa baje ó suba, ó que quiebren todos los banqueros habidos ó por haber; y por último, algunos, aunque pocos, españoles, no son ni han sido nunca empleados, y por consiguiente, no corren ni remotamente el riesgo de que les declaren cesantes.

De modo, que el peligro de los grandes pesares, no es tan inminente como á primera vista parece.

En cambio, los alfilerazos son inevitables, y no hay armadura capaz de defender contra ellos á ningún nombre.

Todos los estamos recibiendo continuamente, y si unos lo sienten más que otros, eso consiste en la mayor ó menor sensibilidad de la epidermis.

Es para un hombre un alfilerazo, oír hablar de la mujer cuyo amor ha perdido sin lograr desecharlo.

Apercibirse, si es limpio, de que ha caído una mancha en su levita; y este alfilerazo suele ser tanto mayor, cuanto que las manchas tienen siempre la oportunidad de caer donde son más visibles, y sobre todo, de no caer nunca en la levita de los ricos, que pueden hacerse otra, sino en la de los que se encuentran fatalmente condenados á llevar una misma prenda toda la estación. Porque las manchas son mal intencionadas y tienen buen cuidado de no caer nunca más que donde saben que pueden hacer daño.

Alfilerazo es todo lo que nos recuerda nuestras faltas, siquiera nos hallemos corregidos de ellas.

Ser convidado á un baile á que asiste una bella á que deseamos acercarnos, y no poder concurrir, porque al ponernos el frac, uno de sus faldones ha tenido por conveniente engancharse en cualquier parte, y se ha hecho en él un *siete* que parece *setenta*.

Es estar al lado de una mujer amada, oír que tocan un vals, no saber valsar, y tener que estar dándola conservación, hasta que viene un mostrenco, que tiene en los piés todo su talento, el cual rodea con su brazo la cintura de aquella sílfide, y se lanza con ella en el torbellino de codazos y empujones que constituye esa diversión de las mujeres y de los tontos.

Para un autor, oír hablar mal de la obra que ha escrito con más cuidado, y escuchar al mismo tiempo los aplausos que prodiga la ignorancia á las que valen menos.

Para todo el que sufre una desgracia, es un alfilerazo cualquier cosa que se la recuerde.

En resumen: es un alfilerazo todo lo que molesta, incomoda, mortifica ó humilla.

¡Y son tantas las cosas que pueden producir estos resultados!

¡Y es además tan fácil herir á uno con un alfiler!

¡Son tantos lo que se atreven á hacerlo!

Para dar á uno una puñalada, se necesita valor y fuerza.

Para darle un alfilerazo, basta con tener mala intención, y son pocos los que no la tienen.

Por que, ¿que mayor placer que mortificar al prójimo cuando puede hacerse impunemente y á tan poca costa?

Hay pocos que se atrevan á hacerle á uno una ofensa que puede costarle una estocada ó un garrotazo.

Pero, ¿quien no se atreve á preguntar á cualquiera por un pleito que sabe que ha perdido, ó por la pretensión que no ha logrado? ¿Quién no tiene valor para decirle á uno que quiere comprarse un sombrero, cuando sabe que no tiene un cuarto? ¿Quién no es capaz de presentar á un autor el periódico en que le insultan, á propósito de su última comedia, y lleno de noble indignación contra el procaz gaceti-llero, hacerle leer desde el primero hasta el último, los despropósitos que la envidia ó la ignorancia han

amontonado en las líneas que forman un suelto de periódico?

Pues todo esto son otros tanto alfilerazos con que los cobardes se entretienen en mortificar á cuantos caen por su cuenta.

El alfiler es el arma de los cobardes; por eso es tan terrible.

También lo es de los envidiosos, y por eso es tan general.

Lo peor ó lo mejor del caso, es que los mismos que lo manejan, no están libres de sufrir los efectos de los que manejan otros, porque constituye un arma puramente ofensiva, y que no tiene aplicación ninguna para la defensa.

El que lograra encontrar el medio de defenderse de los alfilerazos, sería el más feliz de los hombres. Si era un maestro de armas, y abría una academia en la que se enseñase la *esgrima del alfiler*, haría en poco tiempo una fortuna inmensa.

Y al hacerse rico prestaría un gran servicio á la humanidad.

Desgraciadamente, contra los alfilerazos no hay más defensa que morir ó aguantarlos, suponiendo que esto sea una defensa.

C. FRONTAURA.

¡BLASFEMAR...!

A la Verbena nos fuimos
yo y el Piri y la Endalecia;
pensábamos divertirnos
y pasar allí una juerga.

—¿Pero llevabas dinero?

—No me insultes tú, Canela,

por que diendo una señora

no tendría yo vergüenza

si pagase el gasto ¡loyes!

que tengo delicadeza,

y que yo soy tan decente

como la puá ser cuarquiera.

Entramos en el café,

y el Piri con mucha flema,

para que viniera el mozo,

me dió á mí una galleta

de resultas de la cual

se má inflamao una muela.

—¿Y tú que hicistes entonces?

¿achantarte?

—¡Buena fuera!

Le pedí una esplicación

en la que se retrajera

y mi honor no padeciese,

de ninguna suficiencia,

por que está incolmune mi honra,

vamos al decir, inédita.

Me dió un trompis en el morro

y entonces armé la gresca,

pues yo estaba casi ardiendo

de furor, y la Endalecia

de cebada me dió un vaso

pá cortar una trinjedia,

y al cabo de algunas horas

se presonó la pareja

y me ataron malamente,

y ya iban á darme leña

cuando les llamé animales

y guindillas, y á la juerza

me llevaron al Modelo

de verano una quincena

—¿Y por qué?

—Pues por blasfemo.

Segun *La Correspondencia*,
el llamar borrico á un guardia
constituye una blasfemia.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA

RECETA CONTRA EL FRÍO

Tengo un amigo, modesto empleado en una oficina pública, que es todo un tipo.

En la primavera, en el verano y en el otoño, es el ser más inofensivo que Dios ha echado á este pícaro mundo.

Pero así, que llega el invierno, mi hombre se transforma.

En esta época del año puede decir como D. Juan Tenorio:

*Y donde quiera que voy
va el escándalo conmigo.*

No hay café, ni edificio público, ni calle, ni paseo donde no haya recibido bofetadas.

Constantemente tiene la cara hinchada, ó un ojo como un huevo, ó una oreja medio arrancada, ó las narices hechas un pimiento morrón.

A mí, como es natural, me llamó la atención el modo de ser de este amigo mío.

Halléle un día y le dije:

—¿Cómo es posible, Anastasio (porque se llama Anastasio), que usted se complazca en hacerse dar de bofetadas de ese modo!

—¿Qué quiere usted que le diga!...

—¿Y de qué medios se vale usted para buscar camorra á todo el mundo?

—Pues del modo más sencillito. Veo pasar á uno que tiene cara de mal génio, me acerco á él y le digo —«Oiga usted, tío» —«Usted me dispense, me replica, no tengo ningun sobrino» —«No es eso, le digo yo. Le llamo á usted tío en sentido depresivo; por no llamarle zopenco ó animal». Mi hombre levanta la mano, me da un puñetazo, y ya me tiene usted tan satisfecho.

—¿Canastos!

—Otras veces voy al café, veo un hombre de semblante patibulario, me llevo á su mesa y le llamo «cernicalo». Naturalmente, se levanta, me coge y me da una mano de mogicones como para mí solo.

—¿Hombre!

—Lo que más me gusta es cuando me pegan de bastonazos.

—¿Pero eso es una locura!

—Ahora le voy á explicar á usted el misterio. Ya sabe usted que solo gano tres mil reales anuales en la oficina y que no soy aficionado á sacar gangas del destino... Aunque á decir verdad, no hay ninguna. Pues bien, con los tres mil reales apenas puedo vivir y menos comprarme ropa de invierno. Yo soy muy triático y me pasaba los meses crudos dando diente con diente. Una noche de Navidad que nevaba, tropecé sin querer con un transeunte y le pisé un callo. La víctima se volvió furiosa y ¡zis! ¡zas! ¡zis! ¡zas! me pegó cuatro sopapos que me atontaron. Cuando volví en mí, sentí un plácido bienestar, aunque tenía la cara hinchada. Un benéfico calor cubrió todo mi cuerpo y aquella noche no sentí el frío.

—Usted exclamaría ¡Eureka! por supuesto.

—Yo no sé lo que es ¡Eureka! pero encontré resuelto el problema. Cuatro noches después helaba. Mi ligera ropa hacia que se formasen carámbanos en mi cuerpo. Yo estaba desesperado. ¿Cómo entrar en calor? Afortunadamente, ví el farol de un sereno en medio de la calle...

—¿Y se acercó usted á calentarse á la luz?

—No; le dí una patada que le hice mil pedazos. El sereno entonces me sacudió una docena de palos que me cogieron toda la espalda y me calentaron de arriba á abajo.

—¿Qué barbaridad!

—Desde entonces no temo al frío. Así que comienzo á tiritar, me arrimo al primer transeunte de mala cara y le insulto.

—De manera que tendrá usted el cuerpo...

—Hecho una lástima. Este invierno ya llevo recibidas doscientas treinta y una bofetadas, cuarenta y tres palos y seis puntapiés.

—Pero usted se expone á recibir un garrotazo que le deje en el sitio.

—No, porque siempre me agacho y presento las espaldas... Con que ya sabe usted el sistema de andar caliente en invierno... ¡Calle! Ahora siento un poco de fresco; voy á ver si me atiza de guantazos aquel señor chato que pasa por allí.

Y al decir esto Anastasio se ausentó, dejándome asombrado, pues no he sabido todavía si era un guasón que quería burlarse de mí ó si hablaba en serio.

Valga por lo que valga, ya saben ustedes la receta para entrar en calor así que lo necesiten.

Si alguno quisiera ensayar ese abrigo conozco yo de vista unas cuantas personas que tienen unos bastones, que ni pintiparados.

Los de la ronda secreta.

DANIEL ORTIZ

QUISICOSAS

He visto yo millones de pantorrillas,
á funámbulas, tiples y coristillas;
más, no he visto ningunas mejor formadas,
ni que lleven las medias tan estiradas...
¡Qué curvas, cielo santo, más vigorosas,
vaya unas pantorrillas retepreciosas,
que tuve yo la suerte de ver anoche...
cuando bajaba un cura que iba en un coche!

Dicen que la Adelita, chica preciosa,
es honrada, inocente, buena, juiciosa...
A no amar á los hombres la han enseñado
las monjas del convento donde ella ha estado...
(á no ser que ese hombre sea algun cura)
y, he visto que cogida por la cintura
en la «Montaña Rusa» la lleva un chico,
y ella dice: ¡Qué miedo!, ¡aprieta, rico!

El capellan don Ventura,
tiene á su ama Leonor
enferma, y dice el Doctor
que la infeliz no se cura.
Más en cambio doña Irene
dice, al que la quiere oír,
que el ama podrá morir
pero... ¡cura sí que tiene!

—¿Has leído ya mi drama?

—Sí.

—Y ¿qué te ha parecido?

¡Me parece á mí, que he urdido
divinamente la trama!

El parlamento de Petra
de fiyo te habrá gustado

—¡No; lo que me ha entusiasmado
más que nada, fué la letra!

Antonio fue al *Jai-Alai*
y perdió veinte dureses,



—¿Me va usted á dar unas verónicas?
—¿Por qué lo dice usted?
—Porque usted me presenta la tela como si yo fuese un toro.

COSITAS.



—¡Que te resbalas, Peralta!

—¿Quién es ese caballero?
—Mi casero.

—¿Qué va usted a tomar?
—Las de Villadiago, así que estorbo.

El mejor gabán de pieles.

Pareja muy decente
que vive del matute de aguardiente.

le dieron un pelotazo
que le dejó sin dos dientes,
vió en delantera de grada
á la horizontal Mercedes,
se enamoró como un bestia
y ahora si le ven ustedes
oirán que dice: ¿Redios,
y á eso llaman fiesta alegre?

ALBERTO DE OJEDA

LOS TEATROS DE MADRID

ESPAÑOL.—A 18 llegan las representaciones de *Tenorio*, y ni una sola noche ha dejado de acudir numeroso público. Creo inútil decir á mis lectores cómo interpretará el drama de Zorrilla la compañía de Ricardo Calvo.

Para la próxima semana, está anunciado el estreno de la obra del reputado escritor catalán D. Angel Guimerá titulada *Mar y cielo*, cuya traducción, al castellano, ha hecho el autor de *Las personas decentes*.

PRINCESA.—*El Sillón H.* comedia nueva en tres actos, de D. Antonio Sánchez Pérez.

El escritor castizo y elegante, no acertó con el gusto del público.

El argumento está basado en la cuestión pendiente sobre si la mujer «debe y puede ser académica,» pero el auditorio lo escuchó con la mayor indiferencia; y como la inmensa mayoría no estaba en el secreto de quién era el autor al final del acto tercero hizo muestras de desagrado. A saberlo, creemos que habría llamado al Sr. Sánchez Pérez, sino por el trabajo del *Sillón*, al menos para no desairarle, cuando constantemente se aplauden obras peores.

COMEDIA.—*La credencial*, comedia en tres actos, en verso, de D. Miguel Echegaray.

Un pobre cesante, condiscípulo del Ministro de Hacienda, que anda á caza de una credencial, ha dado pie al Sr. Echegaray, para presentar al público una obra que, si no está bien versificada, abunda en chistes y escenas cómicas que hicieron reír al auditorio. Al final de los actos segundo y tercero fué llamado el autor y el público le colmó de aplausos; así como también á las Stas. Cobeña, Martínez y Ruíz, señora Alverá y los Sres. Mario, Balaguer, Mendiguchía y Montenegro, que se distinguieron en sus respectivos papeles.

En resumen: *La credencial* no es lo mejor que ha escrito el autor de *Los Hugonotes*, pero merece verse.

LARA.—*Candidato independiente*, sainete en un acto de los Sres. Arniches y Cantó.

El asunto es muy sencillo, pero gracioso, y los autores han puesto su empeño, más que en la trama del mismo en los chistes. Rossell, interpretó á las mil maravillas el papel de candidato *improvisado*, mereciendo muchos aplausos, que el público le tributó de buena fé. Al final una parte del público llamó á los autores, presentándose solo el Sr. Cantó.

De los actores se lucieron la Sra. Valverde, y los Sres. Rubio, Arana, Larra y La Casa.

APOLO.—Con buen éxito se ha estrenado *El mismo demonio*, letra de Fernando Manzano y música del maestro Chapí. El numeroso público que acudió á ver la nueva producción del autor de *Las doce y media y sereno*, quedó muy complacido, haciendo salir á los autores al final del primer acto y en medio del segundo; volviendo á llamarlos al terminar la obra.

La interpretación muy acertada; mereciendo los

hombres de la repetición varios números, pero especialmente el coro de vecinos.

Mi enhorabuena á los autores y á la empresa.

ESLAVA.—*El espanta pájaros*, juguete lírico estrenado en la presente semana, merece el éxito que obtuvo. Los autores se propusieron hacer pasar al público un rato agradable, y lo lograron: desarrollando con arte el débil asunto de la obrita, en la cual los chistes y las escenas cómicas están muy bien repartidos. La partitura tiene números originales y muy bonitos. El público quiso conocer á los autores y se presentaron los Sres. Gabaldón y Limendoux, que lo son del libro, y el Sr. San José de la música.

El espanta pájaros vivirá muchas noches en el favorecido teatro del Pasadizo de San Ginés.

La semana ha sido pródiga en estrenos—aunque no todos con fortuna.—Como se ve las empresas se preparan bien para la campaña.

Ánimo, pues ese es el único modo de corresponder al favor que el público les dispensa.

**

Próximo á entrar este número en máquina, nos dá cuenta nuestro revistero en Madrid de los siguientes

Estrenos

CIRCO DE PARÍS.—Dos han sido los estrenos verificados en la presente semana.

Primero, *El Marquesito*, zarzuela en un acto letra de Felipe Perez y música de los maestros Catalá y Rubio.

El autor de *La gran vía*, ha sabido sacar partido de una anécdota de la Revolución francesa, para hacer una obra que mantiene excitada la curiosidad del espectador hasta el final. Está muy bien versificada y abunda en chistes de buen género. La música es bonita, alcanzando los honores de la repetición varios números.

Los autores fueron llamados cinco veces al palco escénico.

Segundo, *El fantasma de fuego*, letra de los señores Larra y Gullón y música del maestro Caballero.

En cuanto á la letra—fundada en una novela de Julio Verne—no puede calificarse de buena, pero unida á una brillante música de números originales, y de muy buen gusto y á unas decoraciones pintadas por el Sr. Muriel, se debe que sea una de esas obras que el público ve con gusto.

Música, decoraciones, trajes vistosos, esto es todo.

Al terminar el acto segundo fueron llamados á escena los autores y el numeroso público les colmó de aplausos.

LARA.—*El oso muerto*, juguete cómico en dos actos, de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza.

La circunstancia de ser este último colaborador de LA SAETA, me obliga á no formar de *El oso muerto*, juicios que podrían parecer apasionados; mas como he de dar cuenta del estreno, copiaré el final del juicio crítico, escrito en *El Liberal*, por el distinguido compañero J. Arimón.

«Los autores de la obra fueron llamados á escena infinidad de veces. El aplauso fué cerrado, estrepitoso, unánime: un aplauso de esos que reflejan la brillantez y legitimidad de un éxito y constituyen la mejor patente para que una obra ingrese por la puerta grande en el repertorio.» ¿Qué podría yo añadir á lo que dice Arimón? Nada. *El oso muerto* será representado en toda España; y si algo siento, es que mis lectores no pudiesen reírse y aplaudir, como yo lo hice, la noche del estreno.

Amores nacionales, especie de revista en un acto, letra de los Sres. Perrín y Palacios, y música de los maestros Nieto y Marqués.

La letra es muy flojilla, pero los autores—que dicho sea de paso—conocen el gusto del público que asiste á este favorecido teatro, han fundado el éxito que alcanzaron, en la música y las decoraciones.

La música, tiene números bonitos y originales, sobresaliendo el *terceto* de los negros.

En cuanto á las decoraciones están muy bien hechas y representan vistas de Lisboa, París, Londres, Roma, Venecia y Nápoles.

En *Amores nacionales*, sus autores alcanzaron un triunfo, al cual ha contribuido, en gran parte, la empresa, presentando la obra con mucho lujo.

En el próximo número daré cuenta á mis queridos lectores del estreno de *Mar y cielo*, del reputado escritor catalán D. Angel Guimerá que se verificará en el teatro Español.

TARTARIN.

MISCELANEA

En la Rambla.

—Chico, es preciso hacer algo de provecho.

—¿Y qué piensas hacer?

—Abrir una platería.

—¿Tienes capital para eso?

—No, pero tengo una ganzáa.

Entre dos amigas.

—¿Qué me aconsejas, Manolita? ¿Puedo leer este libro?

—Puedes leerlo á ojos cerrados.

Le dije á una mujer: ¡Viva el salero!
y su marido me aplastó el sombrero.

*Ser sensible y marido
debiera estar á un tiempo prohibido.*

Un matrimonio va á ver un cuarto desalquilado.

La portera es la encargada de enseñar la habitación.

Como es consiguiente, empiezan los cálculos respecto de las piezas, y entre otros inconvenientes, encuentran el dormitorio principal muy reducido.

—Es pequeño, dice la señora.

—Es pequeño, dice el esposo.

—Aquí—añade la portera—*liquidamente* coje una persona.

A un mozo del café de Maravillas le robaron ayer dos cucharillas, y dijo el infeliz con faz serena:

—*¡Buena está la parroquia, buena, buena!*

—Pepito, mañana viene á comer D.^a Petra ¡Cuidado no te se escape decirle nada de la nariz!

Al día siguiente se presenta D.^a Petra en casa de los papás de Pepito.

—Mamá—dice el niño—¿porqué me encargaste ayer lo de la nariz de D.^a Petra, si doña Petra no tiene nariz?

—Mi niño está muy mal. Ayer se tragó por equivocación medio cuartillo de tinta, creyendo que era jarabe. Yo no sé qué hacer.

—Dele V. una ración de polvos de salvadera.

Ha sido muy bien recibida por nuestro público y estrepitosamente aplaudida en las representaciones en que ha tomado parte D.^a Rosario Vidaurreta, cuyo retrato publicamos al frente de este número.

En la Bolsa.

Un bolsista habla con un comprador, y le dice:

—La verdad es que se nos calumnia ya por gusto. De todos los bolsistas que hay aquí, no conozco más que dos ladrones.

—¿Y quién es el otro?—pregunta el comprador.

Juan dió limosna á un ladrón
creyéndole pordiosero;
á Juan le robó el dinero,
pero no su buena acción.

ADVERTENCIAS

En el número 52 dejamos de consignar involuntariamente que, en obsequio á nuestros favorecedores, lo publicamos sin aumento de precio.

* *

Atendiendo las súplicas de varios de nuestros favorecedores, desde el presente número daremos cuenta de los estrenos que se verifiquen en los teatros de Madrid, quedando encargado de esta sección un periodista madrileño que escribe con el pseudónimo de *Tartarin*.



Felonias y Fechorias. (Cieza) — ¡Y bien que felonias y fechorías!

Cucufate. — Veremos.

F. C. — No se escribe *andasen* ni siquiera como licencia poética.

D. X. — El asunto es escabrosillo.

Saetilla. — Ir en dos.

E. B. — Veremos si más adelante puede ir.

Teodorito — Irán algunos cantares.

P. P. — No sirve.

J. C. — Leeré el articulito y lo insertaré si vale.

J. F. de la C. — Tengo idea de haber leído algo parecido y por eso no me atrevo á publicarlo.

¿Sirve algo? — Nada absolutamente.

Zorro. — Por lo que me envía dudo si es V. un guasón ó un bendito.

G. F. — Confiese V. que eso es un timo. Se lo ha timado V. nada menos que á Campoamor.

X. Y. Z. — Volveré á recomendar su asunto á la administración. No tengo presente haber recibido lo que dice.

E. G. — Irán algunos epigramas. El articulito dice muy poca cosa.

J. Ch. (Madrid). — Hese pequeño ensayo, como V. escribe, no debe pasar de ahí.

Tartarin. — Comenzamos hoy.

J. A. E. — No sirve nada.



Con este hambre feroz yo me deslomo,
y así que pase un niño... ¡me lo como!

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 48 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambia del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo